

— Dormiréis en la Bastilla esta noche, madama de La Motte.

— Bien, señora; pero antes de acostarme rogaré á Dios, como acostumbro, que conserve el honor y la alegría de V. M., replicó la acusada.

La reina se levantó turiosa, y pasó al cuarto contiguo, abriendo las puertas con violencia.

— ¡ Después de haber vencido al dragón, dijo, yo aplastaré la víbora !

— Sé de memoria su juego, pensó Juana, y que he ganado.

CAPÍTULO XXXV.

COMO SUCEDIÓ QUE GREYENDO BEAUSIRE CAZAR LIEBRES
FUÉ ÉL MISMO CAZADO POR LOS AGENTES DE M. DE CROSNE.

Madama de La Motte fué llevada á la cárcel conforme á la voluntad de la reina.

Ninguna compensación pareció más grata al rey, que aborrecía por instinto á esta mujer. Se instruí el sumario sobre el robo del collar con todo el ardor que pueden desplegar unos mercaderes arruinados que esperan salir de aprietos, unos acusados que quieren ser declarados inocentes, y unos jueces populares que tienen en sus manos el honor y la vida de una reina, sin contar el amor propio ó el espíritu de partido.

En toda la Francia no se oyó más que un solo grito, y en las entonaciones de este grito pudo la reina reconocer los que eran sus partidarios ó sus enemigos.

Desde su encarcelamiento, M. de Rohán no cesaba de pedir con instancia se le carease con madama de La Motte. El príncipe vivía en la Bastilla como un gran señor de una casa alquilada; menos la libertad, se le concedía cuanto pedía.

El proceso había tomádó desde el principio unas proporciones mezquinas, atendida la cualidad de los personajes encarcelados; se extrañaba mucho que se pudiese inculpar de robo á un Rohán, y los oficiales y el gobernador de la Bastilla manifestaban al cardenal la deferencia y el respeto debidos al infortunio, pues no le consideraban como un acusado sino como un hombre en desgracia.

Y aun fué otra cosa muy diferente cuando se propaló en el pueblo que M. de Rohán era víctima de las intrigas de la corte: entonces no era ya simpatía por el príncipe, era entusiasmo.

Y M. de Rohán, uno de los principales nobles del reino, no comprendía que el amor del pueblo le viniese únicamente de verse perseguido por otro más noble que él. M. de Rohán, última víctima del despotismo, era de hecho uno de los primeros revolucionarios de Francia.

Su conferencia con madama de La Motte se señaló por un incidente notable. La condesa, á quien permitían hablar en voz baja siempre que se trataba de la reina, logró decir al cardenal:

— Alejad á todos, y os daré todas las aclaraciones que pedís.

Entonces M. de Rohán manifestó el deseo de estar solo y de interrogarla en voz baja.

No se accedió á su demanda, pero se permitió á su abogado hablar con la condesa.

En cuanto al collar, ésta respondió que ignoraba lo que se había hecho de él, pero que bien habrían podido regalárselo.

Y como se indignase el abogado, aturdido de la audacia de esta mujer, ella le preguntó si el servicio que había hecho á la reina y al cardenal no valía un millón.

El abogado repitió estas palabras al cardenal, quien, al oirlas, se puso pálido, inclinó la cabeza y advirtió que había caído en el lazo de aquella infernal chuchera.

Pero si él pensaba ya en ahogar el escándalo de ese negocio que perdía á la reina, sus enemigos y sus amigos le excitaban á no interrumpir las hostilidades, objetándole que estaba comprometido su honor, que se trataba de un robo, y que sin el fallo del parlamento no quedaría probada su inocencia.

Para probar esta inocencia, era preciso probar las relaciones del cardenal con la reina, y de consiguiente probar el crimen de ésta.

Á esta reflexión, Juana replicó que ella no acusaría jamás á la reina, como tampoco al cardenal; pero que si se obstinaban en hacerla responsable del collar, lo que no quería hacer lo haría, es decir, que probaría que la reina y el cardenal tenían interés en acusarla de embustera.

Cuando se comunicaron al cardenal estas declaraciones, el príncipe manifestó todo el desprecio que le inspiraba la que quería sacrificarle de ese modo; añadiendo que comprendía hasta cierto punto la conducta de Juana, pero que no comprendía absolutamente la de la reina.

Estas palabras, referidas á María Antonieta y comentadas, la irritaban y hacían saltar. La reina quiso que se evacuase un interrogatorio particular sobre las partes mis-

teriosas del proceso, y entonces apareció el gran cargo de las entrevistas nocturnas desenvuelto con la mayor extensión por los calumniadores y los forjadores de noticias.

Pero entonces fué cuando se halló amenazada la desventurada reina. Juana afirmaba que no sabía de qué querían hablarle; esto lo decía delante de los partidarios de la reina; pero delante de los del cardenal, no era tan discreta y repetía siempre:

— Que me dejen en paz, sino hablaré.

Estas reticencias y esta modestia le daban el aire de una heroína, y embrollaban tan bien el proceso, que los más valientes escudriñadores de expedientes se estremecían al consultar los autos, y ningún juez instructor osaba continuar los interrogatorios de la condesa.

El cardenal ¿fué más débil ó más franco? ¿confesó á algún amigo lo que él llamaba su secreto de amor? No se sabe; pero no es de creer, porque el corazón del príncipe era muy noble y muy leal. Pero por leal que hubiese sido en su silencio, se propagó el rumor de su coloquio con la reina; todo lo que el conde de Provenza había dicho, todo lo que Charny y Felipe habían sabido ó visto, todos aquellos arcanos ininteligibles para cualquier otro que un pretendiente como el hermano del rey, ó rivales de amor como Felipe y Charny, todo el misterio de aquellos amores tan calumniados y tan castos, se evaporó como un perfume, y esparcido en la atmósfera vulgar perdió el ilustre aroma de su origen.

Supóngase si la reina hallaría defensores ardientes, y M. de Rohán campeones celosos.

La cuestión no estaba ya en si la reina había robado ó no el collar de diamantes: cuestión bastante deshonrosa por

sf misma, pero que no era suficiente. La cuestión era: ¿Ha debido la reina dejar que se robase el collar por alguno que había penetrado el secreto de sus amores adúlteros?

He ahí cómo madama de La Motte había logrado esquivar la dificultad. He ahí cómo la reina se halló empeñada en una vía sin otra salida que su deshonor.

La reina no se dejó abatir, resolvió luchar, y el rey la sostuvo en la lucha.

También la sostuvo el ministerio, y con todas sus fuerzas. La reina recordó que M. de Rohán era un hombre honrado, incapaz de querer perder á una mujer; recordó su seguridad cuando juraba que había sido admitido á las citas de Versailles; y de aquí dedujo que el cardenal no era su enemigo directo, y que en la cuestión sólo tenía un interés de honor, como ella.

En vista de esto, todos los esfuerzos de la sumaria se dirigieron sobre la condesa, y se buscaron con actividad las huellas del collar perdido.

La reina, aceptando el debate sobre la acusación de debilidad adúltera, arrojaba sobre Juana la terrible acusación del robo fraudulento.

Todo hablaba contra la condesa: sus antecedentes, su primera miseria, su extraña elevación; la nobleza no aceptaba á esta princesa de acaso, y el pueblo no podía reivindicarla, porque el pueblo aborrece por instinto á los aventureros, y ni aun les perdona su buen éxito.

Juana advirtió que había tomado un camino errado, y que la reina, sufriendo la acusación, no cediendo al temor del escándalo, inducía al cardenal á imitarla; que estas dos personas leales llegarían á entenderse y descubrir la verdad, y que, aun cuando sucumbiesen, sucumbirían con una

caída tan terrible que pulverizarían bajo de sí á la pobre Valois, princesa de un millón robado, millón que ni siquiera tenía á la mano para corromper á sus jueces.

En este estado se hallaba el negocio, cuando surgió un nuevo episodio que cambió la faz de las cosas.

Beausire y Oliva vivían dichosos y ricos, retirados en una casa de campo, cuando un día, el señor, que había dejado á la señora en casa para irse á cazar, tropezó con la sociedad de dos de los agentes que M. de Crosne esparcía por toda la Francia á fin de alcanzar un desenlace á esta intriga.

Los dos amantes ignoraban todo lo que pasaba en París, y apenas pensaban más que en sí mismos. Mlle Oliva engordaba como una comadreja en un granero, y M. de Beausire, con la felicidad, había perdido esa curiosidad inquieta que es el signo distintivo de las aves ladronas como de los hombres de rapaña, carácter que la naturaleza ha dado á unas y otros para su conservación.

Beausire había salido ese día, decimos, para cazar liebres, y se halló con una banda de perdices que le hizo cruzar una carretera. He ahí cómo, buscando otra cosa que la que habría debido buscar, halló lo que no buscaba.

Los agentes buscaban también á Oliva, y hallaron á Beausire. Esos son caprichos muy comunes de la caza.

Uno de aquellos sabuesos era hombre que lo entendía. Cuando hubo reconocido bien á Beausire, en vez de prenderle brutalmente, lo cual no les hubiera dado ningún provecho, formó con su compañero el proyecto siguiente.

— Beausire anda cazando; de consiguiente está bastante libre y rico; puede que tenga cinco ó seis luises en su bolsillo, pero es posible que en su casa tenga dos ó trescientos. Dejémosle volver á casa; penetremos en ella y exijá-

mosle rescate. Beausire llevado á París no nos producirá más que cien libras, como todo preso ordinario, y aun nos regañarán por haber embarazado la cárcel con un preso considerable. Hagamos de Beausire una especulación personal.

En esto, se pusieron á cazar perdices como Beausire, y liebres también como él; siguiendo á los perros cuando cazaban liebres, y agazapándose en la alfalfa cuando cazaban perdices, no se separaron de los talones de su hombre.

Beausire, viendo á los extranjeros que se mezclaban en su caza, al principio quedó muy pasmado, y luego se entadó mucho; pues se había hecho muy celoso de su caza, como todo hidalguito, y era también muy espantadizo en lo tocante á nuevos conocidos. Así, en vez de interrogar por sí mismo á aquellos acólitos que le deparaba la casualidad, se dirigió en derechura al guarda, á quien percibió en el llano, y le encargó de ir á preguntar á dichos señores por qué cazaban en aquella tierra.

El guarda replicó que no sabía que aquellos señores fuesen del país, añadiendo que deseaba interrumpirlos en su caza, como lo hizo. Pero los dos extranjeros replicaron que estaban cazando con su amigo, el señor que estaba allá abajo.

Diciendo esto, designaban á Beausire, y el guarda los condujo donde estaba, á pesar de todo el desagrado que este careo causaba al hidalgo cazador.

— M. de Linville, dijo el guarda, estos señores pretenden que andan cazando con vos.

— ¡Conmigo! exclamó Beausire irritado. ¡pues me gusta!

— ¡Calla! le dijo en voz baja uno de los agentes. ¿Conque también os llamáis M. de Linville, querido Beausire?

Beausire se estremeció al oír pronunciar su nombre que tan bien ocultaba en el país. Miró al agente, luego á su compañero con semblante demudado, creyó reconocer vagamente aquellas dos caras, y á fin de no empeorar las cosas, despidió al guarda, tomando á su cargo la caza de aquellos señores.

— ¿Conque los conocéis? dijo el guarda.

— Sí, acabamos de reconocernos, replicó uno de los agentes.

Entonces Beausire se halló en presencia de los dos cazadores, muy embarazados para hablarle sin comprometerse.

— Bríndadnos á almorzar en vuestra casa. Beausire, dijo el más diestro de los agentes.

— ¡En mi casa!... Pero... exclamó Beausire.

— No nos haréis ese desaire, Beausire.

Beausire había perdido la cabeza, y más bien se dejó conducir que condujo á los otros.

Los agentes, así que percibieron la casita, elogiaron su elegancia, su situación, los árboles y la perspectiva, como cumplía á hombres de buen gusto, pues, en realidad, Beausire había elegido un sitio encantador para poner allí el nido de sus amores.

Era un valle poblado de árboles y cortado por un pequeño río, y la casa se elevaba en un cerrito al levante. Un mirador, especie de cimbanillo sin campana, servía de observatorio á Beausire los días de esplín, cuando sus ideas color de rosa se marchitaban, y veía un alguacil en cada labrador inclinado sobre su arado.

Esa casa sólo era visible y risueña de un lado, pues de los otros desaparecía bajo los árboles y las lomas del terreno.

— ¡Qué bien oculto está uno allí dentro! le dijo un agente con admiración.

Beausire se estremeció con este gracejo, y entró el primero en su casa acompañado por los ladridos de los perros del patio.

Los agentes le siguieron prodigándole ceremonias.

CAPÍTULO XXXVI.

LAS TORTOLILLAS SON ENJAULADAS.

Beausire se llevaba su idea en entrar por la puerta del patio; quería hacer bastante ruido para advertir á Oliva que estuviese alerta, pues, aunque no sabía nada sobre el negocio del collar, sabía bastantes cosas relativas al baile de la Ópera y la de la cubeta de Mesmer, para temer el que se mostrase Oliva á unos desconocidos.

En esto obraba cuerdamente, porque la joven, que estaba leyendo novelas frívolas sobre el sofá de su saloncito, oyó ladrar los perros, miró al patio, y vió á Beausire acompañado, lo cual le impidió salir á recibirle como acostumbraba.

Por desgracia, estas dos tortolillas no estaban fuera de las garras de los buitres. Fué preciso encargar el almuerzo, y un criado torpe (los criados del campo no son unos Frontins) preguntó dos ó tres veces si había que tomar las órdenes de la señora.

Estas palabras hicieron enderezar las orejas de los sabuesos, quienes embromaron alegremente á Beausire sobre aquella compañera oculta cuya compañía es para un ermitaño la salsa de todas las felicidades que la soledad y el dinero proporcionan.

Beausire se dejó embromar, pero no mostró á Oliva.

Sirvieron un excelente almuerzo, al que hicieron honor los dos agentes. Bebieron mucho y echaron frecuentes brindis á la dama ausente.

Á los postres, habiéndose calentado las cabezas, los señores de la policía juzgaron que sería inhumano el prolongar el suplicio de su huésped, y dieron un giro diestro á la conversación haciéndola recaer sobre el placer que experimentaban los buenos corazones al encontrarse con conocidos amigos.

Sobre lo cual Beausire, descorchando un frasco de licor de las Islas, preguntó á los dos desconocidos en qué sitio y ocasión los había podido conocer.

— Éramos, dijo uno de ellos, los amigos de uno de vuestros socios á la sazón de un negocillo que hicisteis en participacion con otros varios: el negocio de la embajada de Portugal.

Beausire palideció. Cuando se toca á semejantes negocios, cree uno sentir el cabo de una cuerda en los pliegues de su corbata.

— ¡Ah, en verdad! dijo temblando de embarazo. ¿Y venís á pedirme para vuestro amigo..

— En realidad esa es una ocurrencia feliz, dijo el alguacil á su camarada: de ese modo la introduccion es más decente. El pedir una restitucion en nombre de un amigo ausente es moral.

— Además, esto reserva todos los derechos sobre el resto, replicó el amigo de este moralista con una sonrisa agrídulce que hizo estremecer á Beausire de pies á cabeza.

— ¿Conque .. repuso este último.

— Conque, querido Beausire, nos sería muy grato que nos restituyeseis á uno de nosotros la parte de nuestro amigo ; creo que unas diez mil libras.

— Á lo menos, porque no se habla de los réditos, añadió el camarada Positivo.

— Señores, replicó Beausire ahogado por la firmeza de esta demanda, no tiene uno diez mil libras en su casa, estando en el campo.

— Eso se comprende, querido amigo, y nosotros sólo exigimos lo posible. ¿Cuánto podéis darnos en el acto ?

— No tengo más que unos cincuenta ó sesenta lises.

— Principiaremos por tomarlos y os daremos gracias por vuestra urbanidad.

— ¡ Ah, muy buenos son de avenir ! exclamó Beausire encantado de su felicidad. ¡ Si acaso tendrán miedo de mí como yo lo tengo de ellos ! Probemos.

Y se puso á reflexionar que aquellos señores, si gritaban mucho, no lograrían más que confesarse sus cómplices, y que esto sería una mala recomendación para las autoridades de la provincia. Beausire dedujo de aquí que se declararían satisfechos y guardarían un completo silencio.

Hasta llegó, en su imprudencia, á arrepentirse de no haber ofrecido treinta lises en vez de sesenta ; pero se prometió desembarazarse bien presto así que entregase la suma.

Pero no contaba con la huésped ; los agentes se halla-

ban perfectamente en su casa ; saboreaban esa dichosa satisfacción que nace de una digestión agradable, y eran buenos por el momento, porque el mostrarse malos los habria fatigado.

— Es un excelente amigo este Beausire, dijo el Positivo á su compañero. Es muy agradable el tomar los sesenta lises que nos da.

— Voy á dároslos en seguida, exclamó Beausire, espantado de ver á sus convidados entregarse á báquicas familiaridades.

— No hay ninguna prisa, dijeron los dos amigos.

— Sí tal, sí tal ; no tendré mi conciencia tranquila hasta que os haya pagado. Ó es uno delicado ó no.

Y quiso dejarlos para ir por el dinero.

Pero aquellos señores tenían costumbres de corchetes, costumbres arraigadas que una vez adquiridas se pierden difícilmente, y no sabían separarse de su presa una vez la atrapaban, así como el buen perro de caza no suelta su perdiz herida sino para entregarla al cazador.

El buen corchete es el que, hecha la presa, no la deja de la mano ni de la vista, sabiendo demasiado bien lo muy caprichoso que es el destino para los cazadores, y cuánto menos seguro está aquello que no está en la mano.

Así, ambos se pusieron á gritar con armoniosa entonación, á pesar de lo aturdidos que estaban :

— ¡ Beausire, querido Beausire !

Y le detenían por los faldones de su casaca de paño verde.

— ¿ Qué hay ? preguntó Beausire.

— Por favor, no nos dejéis, le respondieron, forzándole con la galantería á sentarse de nuevo.

— Pero, ¿ cómo queréis que os dé vuestro dinero si no me dejáis subir ?

— Nosotros os acompañaremos, respondió el Positivo con una ternura espantosa.

— Pero es... el cuarto de mi mujer, replicó Beausire.

Esta palabra, que él consideraba como un *no ha lugar*, fué para los esbirros la chispa que pegó fuego á la pólvora.

Su descontento (un corchete está siempre descontento de algo) tomó una forma, un cuerpo, una razón de ser.

— En realidad, gritó el primero de los agentes, ¿ por qué ocultáis vuestra mujer ?

— Sí. ¿ Por ventura no somos presentables ? dijo el segundo.

— Si supieseis lo que se hace por vos, seriais más atento, repuso el primero.

— Y nos dariais todo lo que os pedimos, añadió temerariamente el segundo.

— ¡ Calla ! ¡ Mucho vais subiendo el gallo, señores ! dijo Beausire.

— Queremos ver á tu mujer, dijo el esbirro Positivo.

— Y yo os declaro que voy á plantaros fuera, gritó Beausire, creyéndose fuerte con su embriaguez.

Los agentes le replicaron con una carcajada que habría debido hacerle prudente ; pero Beausire no hizo caso y se obstinó.

— Ahora, dijo, no recibiréis ni aun el dinero que os había prometido, y tendréis que largaros.

Los agentes se rieron más formidablemente aún que la primera vez.

Beausire, trémulo de cólera, dijo con voz ahogada :

— Os comprendo ; haréis ruido y charlaréis ; pero si charláis, os perderéis como yo.

Los esbirros siguieron riéndose entre sí, pues la broma les parecía excelente. Esta fué toda su respuesta.

Beausire creyó espantarlos con un golpe de vigor, y se precipitó hacia la escalera, no ya como un hombre que va á buscar luses, sino como un furioso que va á buscar un arma. Los esbirros se levantaron de la mesa, y fieles á su principio, corrieron tras de Beausire, sobre el que echaron sus manazas.

Éste gritó, abrióse una puerta, y se apareció una mujer turbada y asustada en el umbral de los cuartos del primer piso.

Al verla, los agentes soltaron á Beausire y lanzaron un grito, pero de alegría, de triunfo, de exaltación salvaje, pues acababan de reconocer á la que tanto se parecía á la reina de Francia.

Beausire, que los creyó un momento desarmados por la aparición de una mujer, quedó bien pronto y cruelmente desilusionado.

El Positivo se acercó á Mlle Oliva, y con un tono muy poco cortés, en atención á la semejanza :

— ¡ Ah, ah ! exclamó. Daos presa.

— ¡ Presa ! gritó Beausire. ¿ Y por qué ?...

— Porque nos ha dado la orden M. de Crosne, respondió el otro agente, y nosotros estamos al servicio de M. de Crosne.

Un rayo que hubiese caído entre los dos amantes no los habría aterrado tanto como esta declaración.

— He ahí lo que es el no haber andado obsequioso, dijo el Positivo á Beausire.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

El agente no era lógico, y así se lo hizo presente su compañero diciéndole :

— No tienes razón, Legrigneux, porque si Beausire hubiese sido obsequioso, nos habría mostrado su señora, y nosotros la hubiéramos preso del mismo modo.

Beausire tenía apoyada en sus manos su cabeza ardiendo, y ni siquiera hacía alto en que sus dos criados hombre y mujer, estaban abajo escuchando esta escena extraña que pasaba en medio de la escalera.

Ocurriósele una idea ; le sonrió, y al punto le dejó más sereno.

— ¿ Vosotros habéis venido á prenderme á mí ? dijo á los agentes.

— No, ha sido una casualidad, respondieron sencillamente.

— No importa podíais prenderme, y por 60 lises me dejabais en libertad.

— ¡ Oh ! no ; nuestra intención era pedirnos aún otros sesenta.

— Y nosotros no tenemos más que una palabra, añadió el otro agente ; así, por ciento veinte lises te dejaremos libre.

— Pero... ¿ esta señora ? preguntó Beausire temblando.

— ¡ Oh ! esta señora es muy diferente, replicó el Positivo.

— La señora vale doscientos lises, ¿ no es verdad ? se apresuró á decir Beausire.

Los agentes se echaron á reir de nuevo de un modo terrible, que Beausire comprendió demasiado.

— ¡ Trescientos... dijo ; cuatrocientos... mil lises ! Os daré mil lises, pero la dejaréis libre.

Los ojos de Beausire centelleaban al decir esto.

— Nada me respondéis, prosiguió ; vosotros sabéis que tengo dinero y queréis hacerme pagarla bien, es muy justo. Daré dos mil lises, cuarenta y ocho mil libras, la fortuna de vosotros dos, pero dejadle la libertad.

— ¿ Conque tanto amas á esta mujer ? dijo el Positivo.

En esto tocó á Beausire la vez de reir, pero esta risa irónica era tan espantosa, pintaba tan bien el desesperado amor que devoraba su corazón marchito, que los dos esbirros tuvieron miedo, y se decidieron á tomar sus precauciones á fin de evitar la explosión de la desesperación que se leía en los ojos extraviados de Beausire.

Cada uno sacó dos pistolas del bolsillo y poniéndolas al pecho de Beausire :

— Por cien mil escudos, dijo uno de ellos, no te dejaremos esta mujer. M. de Rohán nos dará por ella quinientas mil libras, y la reina un millón.

Beausire levantó los ojos al cielo con una expresión que habría enternecido á cualquiera otra bestia menos feroz que un alguacil.

— Marchemos, dijo el Positivo. Debéis tener aquí algún carromato, alguna cosa que ruede. Mandad que enganchen ese carruaje para esta señora, pues le debéis muy bien ese obsequio.

Y como nosotros somos unos pobres diablos, añadió el otro, no abusaremos ; os conduciremos también á vos, para cubrir el expediente, y en el camino cerraremos los ojos, os apearéis, y no lo notaremos hasta que nos llevéis una delantera de mil pasos. ¿ Qué tal ? ¿ no es este un buen proceder ?

Beausire sólo respondió :

— Donde ella vaya, iré yo ; no me separaré de ella jamás en esta vida.

— ¡Oh, ni en la otra ! añadió Oliva helada de terror.

— Pues bien ; tanto mejor, interrumpió el Positivo ; cuantos más presos se conducen á M. de Crosne, tanto más se ríe.

Al cabo de un cuarto de hora, salió de casa de Beausire un carromato con los dos amantes cautivos y sus guardias.

Se puede juzgar el efecto que esta presa produjo en M. de Crosne.

Es probable que los agentes no recibieron el millón que esperaban, pero hay motivos para creer que quedaron satisfechos.

En cuanto al subdelegado de policía, después de frotarse bien las manos en señal de gozo, se dirigió á Versalles en una carroza tras de la cual iba otra herméticamente cerrada y con buenos candados.

Esto sucedía el día siguiente al en que el Positivo y su amigo habían puesto á Nicole en poder del jefe de la policía.

M. de Crosne mandó entrar sus dos carrozas en Trianón, se apeó de la que él ocupaba, dejó la otra custodiada por su primer oficial, y se presentó en el cuarto de la reina, á quien había enviado á pedir una audiencia en Trianón.

La reina que de un mes á aquella parte no descuidaba nada de cuanto le llegaba de parte de la policía, había accedido inmediatamente á la petición del subdelegado, y desde la madrugada se trasladó á su casa favorita, y poco acompañada para en el caso de ser necesario el secreto.

Desde el momento en que M. de Crosne se presentó ante ella, la reina dedujo de su semblante risueño que le traía buenas noticias.

¡Pobre mujer ! Hacía bastante tiempo que no veía en torno suyo más que caras sombrías y reservadas.

Una palpitación de alegría, la primera que sintiera en un largo mes, agitó su corazón herido por tantas emociones mortales.

El magistrado, después de besarle la mano, le dijo :

— Señora, ¿ tiene V. M. en Trianón una sala donde, sin ser vista, pueda ver lo que pasa ?

— Tengo mi biblioteca, respondió la reina ; detrás de los estantes he mandado abrir ventanitas para dar luz á mi salón de colación, y algunas veces, al tomar un refrigerio, me entretenía con madama de Lamballe ó con Mlle de Taverny, cuando yo la tenía, en mirar las muecas cómicas del abate Vermond cuando le caía en las manos un libelo en que se hablaba de él.

— Muy bien, señora, respondió M. de Crosne. Es el caso, que tengo abajo una carroza que yo quisiera hacer entrar en palacio sin que nadie, excepto V. M., viese lo que contiene.

— Nada más fácil, repuso la reina ; ¿ dónde está vuestra carroza ?

— En el primer patio, señora.

La reina llamó, y se presentó una persona á recibir sus órdenes.

— Haced, dijo, que entre en el gran vestíbulo la carroza que os designe M. de Crosne, y cerrad ambas puertas de ese vestíbulo de modo que quede oscuro y nadie vea antes que yo las curiosidades que me trae de M. de Crosne.

La orden fué ejecutada. La carroza entró bajo la bóveda cerca de la habitación de los guardias, y derramó su contenido en el corredor sombrío.

— Ahora, señora, dijo M. de Crosne, dignaos venir conmigo á vuestro salón de colación y dar orden para que dejen entrar á mi oficial con lo que traiga en la biblioteca.

Al cabo de diez minutos, la reina estaba ya espianando, palpitante, detrás de sus estantes.

Vió entrar en la biblioteca una mujer cubierta de un velo que el oficial levantó, y habiendo sido reconocida por la reina, dió ésta un grito de espanto: era Oliva vestida con uno de los trajes más predilectos de María Antonieta.

Llevaba el vestido verde con anchas bandas de muaré negro, el peinado levantado que la reina prefería, sortijas parecidas á las suyas, y las babuchas de raso verde con enormes talones: era la misma María Antonieta, menos la sangre de los Césares á la que reemplazaba el fluido plebeyo móvil de todos los deleites de M. de Beausire.

La reina creyó verse en un espejo opuesto, y devoró con la vista esta aparición.

— ¿Qué dice V. M. de esta semejanza? dijo entonces M. de Crosne triunfante con el efecto que había producido.

— Digo... digo... señor... balbuceó la reina fuera de sí. ¡Ah! Olivier, ¿por qué no estáis aquí? pensó.

— ¿Qué quiere V. M.?

— Nada, señor, nada, sino que el rey sepa bien...

— Y que M. de Provenza vea, ¿no es verdad, señora?

— ¡Oh, gracias, M. de Crosne, gracias! Pero ¿qué se hará de esta mujer?

— ¿Es á esta mujer á quien se atribuye todo lo que se ha hecho? preguntó M. de Crosne.

— ¿Vos tenéis sin duda los hilos del complot?

— Casi, señora.

— ¿Y M. de Rohán?

— M. de Rohán no sabe nada aún.

— ¡Oh! exclamó la reina llevándose las manos á la cara, ¡esa mujer es todo el error del cardenal!

— En hora buena, señora; pero si es el error de M. de Rohán, es también el crimen de otro.

— Investigad bien, señor, pues tenéis en vuestras manos el honor de la casa de Francia.

— Y creed, señora, que está en buenas manos, respondió M. de Crosne.

— ¿Y el sumario? preguntó la reina.

— Sigue su curso. Todos niegan, pero yo aguardo el momento oportuno para lanzar esa pieza de convicción que vos tenéis ahí en vuestra biblioteca.

— ¿Y madama de La Motte?

— No sabe que yo he hallado esta muchacha, y acusa á M. de Cagliostro de haber acalorado los cascos al cardenal hasta el punto de hacerle perder la razón.

— ¿Y M. de Cagliostro?

— M. de Cagliostro, á quien he mañádo interrogar, me ha prometido venir á verme esta misma mañana.

— Es un hombre peligroso.

— Será un hombre útil. Picado por una víbora como madama de La Motte, absorberá el veneno y nos devolverá contraveneno.

— ¿Esperáis revelaciones?

— Estoy seguro de obtenerlas.

— ¿Cómo? ¡Oh! decidme todo lo que pueda tranquilizarme.

— He aquí mis razones, señora: madama de La Motte habitaba en la calle de San Claudio.

— Lo sé, lo sé, dijo la reina ruborizándose.

— Sí, V. M. hizo el honor á esa mujer de socorrerla.
— ¡ Y me ha pagado bien ! ¿ no es verdad ? Y bien, habitaba en la calle San Claudio...

— Y M. de Cagliostro vive precisamente enfrente.
— Y suponéis...

— Que si ha habido un secreto para alguno de esos dos vecinos, ese secreto debe pertenecer á uno ú otro... Pero, perdone V. M., pues va á llegar luego la hora en que aguardo en París á M. de Cagliostro, y no quisiera por cuanto hay en el mundo retardar esas explicaciones.

— Id, señor, id ; y os repito que contéis con toda mi gratitud.

— ¡ Conque ya principia una justificación ! exclamó la reina llorando cuando M. de Crosne se retiró. Voy á leer mi triunfo en todos los semblantes... ¡ pero el del único amigo á quien tengo más interés en probar que estoy inocente !.. ¡ Oh, ese es el solo que no leeré !

Entretanto M. de Crosne volaba hacia París y entraba en su casa, donde le aguardaba M. de Cagliostro.

Este estaba al corriente de todo desde la víspera, pues se dirigía á casa de Beausire, cuyo retiro conocía, para persuadirle que dejase la Francia, cuando en el camino le vió en el carromato entre los dos agentes. Oliva iba oculta en el interior del carruaje, avergonzada y llorando.

Beausire vió al conde que los cruzaba en su silla de posta, y le reconoció. La idea de que este señor misterioso y de gran poder podía servirle de alguna utilidad, cambió todos los proyectos que había formado de no abandonar jamás á Oliva.

Renovó á los agentes la proposición que le habían hecho de una evasión, los agentes aceptaron cien luises que tenía, y le soltaron á pesar de los llantos de Nicole

Sin embargo Beausire, al abrazar á su querida, le dijo al oído :

— Espera, voy á trabajar por tu libertad.

Y se echó á correr en dirección de Cagliostro.

Este se había parado de intento ; no tenía necesidad de ir á buscar á Beausire, puesto que éste volvía, siéndole muy cómodo entonces el aguardar á Beausire, ya que éste algunas veces hacía que le anduviesen buscando.

Cagliostro aguardaba hacia media hora en un recodo del camino, cuando vió llegar al desventurado amante de Oliva, pálido, sin aliento y medio muerto.

Beausire, al ver la silla de posta, lanzó el grito de gozo del naufrago que se agarra á una tabla.

— ¿ Qué hay, hijo mío ? dijo el conde ayudándole á subir á su lado.

Beausire contó toda su lamentable historia, que Cagliostro escuchó en silencio.

— ¡ Está perdida ! le dijo después.

— ¿ Por qué ? exclamó Beausire.

Cagliostro le contó lo que él no sabía, la intriga de la calle de San Claudio y la de Versalles.

Beausire estuvo á punto de desmayarse.

— ¡ Salvadla, salvadla ! exclamó cayendo de rodillas en el carruaje ; y os la daré si todavía la amáis.

— Amigo mío, replicó Cagliostro, estáis en un error, pues yo no he amado nunca á la señorita Oliva ; yo no me proponía más objeto que el de sustraerla á esa vida de desorden de que la hacéis partícipe.

— Pero... dijo Beausire sorprendido.

— ¿ Os pasma esto ? Sabed pues que yo soy uno de los síndicos de una sociedad de reforma moral que tiene por

objeto el arrancar al vicio todo lo que puede ofrecer probabilidades de cura. Yo habría curado á Oliva quitándosela, y ese es el motivo por qué os la he quitado. Que diga ella si ha oído nunca de mi boca una palabra de galantería; que diga si mis servicios no han sido siempre desinteresados!

— Razón más, caballero; ¡salvadla, salvadla!

— Con gusto trataré de ello; pero eso depende de vos, Beausire.

— Pedidme mi vida.

— No pediré tanto como eso. Volved á París conmigo y si seguís al pie de la letra mis instrucciones, tal vez salvaremos á nuestra querida. Solo pongo una condición.

— ¿Qué condición, caballero?

— Os la diré cuando estemos en mi casa, en París.

— ¡Oh! acepto desde luego; pero; volver á verla, verla!

— Eso es precisamente en lo que pienso; antes de dos horas volveréis á verla.

— ¿Y la abrazaré?

— Así lo espero; y aun haréis mucho más, le diréis lo que voy yo á deciros.

Cagliostro tomó con Beausire el camino de París.

Al cabo de dos horas, ya de noche, alcanzaron el carrimato.

Y una hora después, Beausire compraba á los dos agentes por cincuenta luises el derecho de abrazar á Nicole y de deslizarle al oído las recomendaciones del conde.

Los agentes admiraban aquel amor apasionado, y se prometían otros cincuenta luises á cada relevo.

Pero Beausire no volvió á presentarse, y la silla de posta de Cagliostro le llevó rápidamente hacia París donde tantos acontecimientos se preparaban.

He ahí de lo que era preciso instruir al lector antes de presentarle M. de Cagliostro conferenciando con M. de Crosne.

Ahora, podemos introducirle en el gabinete del subdelegado de policía.